

Caranchos en el cuerpo

Seudónimo El Brigadier

Todas las Artes al Cultural - Concurso de Dramaturgia

Caranchos en el cuerpo

Seudónimo El Brigadier

Personajes: Estanislao López, de 45 años.

La Delfina, de 30 años.

(Santa Fe, Provincias Unidas del Río de la Plata, 1831.

Estanislao López, Gobernador de Santa Fe, en su despacho. Uniforme del Regimiento de Dragones de la Independencia.

Con él, la Delfina, una mujer bellísima. Viste botas negras altas, bombacha azul, chaqueta militar roja con cordones dorados. Usa chambergo bordó con una pluma de avestruz. Podría optarse por un vestido a la usanza de la época.

Sobre el escritorio, la cabeza de un hombre, embalsamada, la nuca a la vista del público).

(López, muy atento a la lectura de papeles, gesticula aprobando o negando. Hace alguna anotación.

De repente, levanta la vista y se sorprende por la presencia de la mujer).

López (Sonriendo) Qué costumbre la suya de no hacerse anunciar.

Delfina (El comentario la sorprende, sonrío) ¡Aleluya! Parece que hoy está de buen humor.

López No piense que soy malhumorado habitualmente. (Con intención, amistoso) Usted entenderá que algunas personas me ponen un poco inquieto. Cuando se aparecen así, de repente, sin solicitar audiencia.

Delfina ¿Pedir audiencia? Usted me pide un imposible, señor gobernador.

López Ya lo sé.

Como bien nota usted, hoy estoy de un humor excepcionalmente bueno ¿Me aceptaría un licorcito?

Delfina (Riendo) Está especialmente gracioso. ¿Me va a contar por qué?

López No sé si contarle o no. La prudencia es una de mis virtudes, usted ya lo sabe.

Delfina Sí, sí.

(Pausa)

López ¿De verdad, quiere saber el motivo de mi alegría?

Delfina Si eso colaborará con alegrar mi espíritu, quiero saberlo.

López No sé si usted está al tanto de los últimos acontecimientos.

Delfina La verdad, estoy un poco alejada. Desinteresada, más bien. Además, allá las noticias llegan siempre tarde y en el camino se van desdibujando. Nada de lo que termina llegando es totalmente cierto.

López Un traguito de este maravilloso licor, y le cuento (Se sirve) A su salud, señora (Toma, paladea con placer) Tengo el placer de comunicarle que el Tigre de los Llanos acaba de dar el golpe final a la Liga Unitaria en La Ciudadela.

¿Qué me dice?

(Silencio, expectación)

Delfina ¿Qué debería decirle?

López (Decepcionado) Nada. No es obligación decir nada, ni siquiera se sienta forzada a ponerse contenta.

Delfina Si es para el bien de todos, me alegro.

López Si Dios nos ayuda, podremos empezar por fin a ordenar este bendito país. Uno termina por cansarse de tanta guerra. Demasiada. Veinticinco años a los sablazos, que los ingleses, que los realistas, ahora los unitarios. Peleamos codo a codo contra el coloniaje y después nos matamos entre nosotros.

Delfina ¿Sí? ¿En serio? Eso último no lo sabía.

López No se haga la irónica, señora. Estoy de buen humor como para que usted lo arruine volviendo con su cantinela. Hace diez años que la vengo escuchando.

Delfina Discúlpeme. Hay cosas que una no olvida.

López Ni hace falta que me lo aclare.

 Mire que es tozuda.

 (Se prepara para salir) Si me disculpa, creo que es momento de darme una vuelton por la aduana, para llevar las buenas nuevas.

Delfina ¿Todavía está allí?

López Todavía está allí.

 (Ella desapruueba con la mirada)

 ¿Qué pretende? ¿Que lo deje libre? Es un prisionero de guerra. Él entiende, es un soldado y acepta las reglas.

 Y si no las acepta se las aguanta.

Delfina Lo disfruta, no me lo niegue. La hermosa sensación de sentirse dueño del otro.

López No es personal. Son las reglas. Si él me hubiera hecho prisionero la cosa sería igual.

 Y yo me la tendría que aguantar.

 Lleva uno pocos meses preso, no se va a morir por eso.

Delfina No tiene porqué darme explicaciones.

López No es tiempo todavía de dejarlo ir. No hay garantías.

Delfina Lo entiendo.

López ¿Quiere que le diga algo? El manco Paz es el militar al que no se quiere enfrentar nunca uno. Un genio de la estrategia. Pero cuando uno sabe de montes y de guerrillas, a veces se le dan las cosas. ¿Quiere llamarlo suerte? Llámelo suerte. El caso es que ahora quiero ser yo el que le dé la buena nueva, antes de que le lleguen

los chismes. Quiero verle la cara cuando se entere de que se ha quedado sin fuerzas.

(Pausa)

Delfina Lo disfruta.

López Tengo derecho.

Delfina Y es como el perro de pelea, que cuando muerde hay que matarlo para que suelte la mandíbula.

¿Qué le pasa? ¿No se anima a dejar que se vayan? ¿Tiene miedo?

López (Muy serio) ¿Miedo? Ya le dije que no es tiempo aún.

Delfina ¡No le hablo de Paz!

(Pausa tensa)

López (Bajando el tono, pero firme) No sea tozuda ¿Quiere?

Delfina Mi tozudez desaparecería inmediatamente si usted accediera a lo que le pido. No lo molestaría más.

López A ver si nos entendemos. En circunstancias normales usted ni siquiera podría entrar a este despacho. Si se lo permito es porque...

Delfina Porque no lo puede evitar. Porque no depende de usted, y eso lo pone muy nervioso. Acostumbrado a decidir y manipular y disponer, esto lo desconcierta. Porque no tiene poder sobre mí.

No le voy a negar que es un poco extraña la situación. Yo misma no la entiendo del todo.

(Pausa)

López Que se nos aparezca un muerto, en estas épocas, no tiene nada de raro. Yo tengo varios que de vez en cuando se me arriman. Pero no me hablan, sólo me miran. En cambio usted...

Delfina En cambio yo le hablo.

López En cambio usted está viva.

(Pausa)

¿Cómo cuernos lo hace?

Delfina Ya le dije, créame.

No tengo idea. Sucede, no más.

(Pausa. López simula atender a unos papeles)

López Supongo que, para variar, en vez de permitirme disfrutar el momento, hoy me atormentará con su pedido.

Delfina Con “su” pedido. Yo sólo intercedo por él.

(Pausa)

Mentira. Lo hago por él y por mí.

Ya no puedo dormir, Brigadier.

López No se crea tan original. No son los mejores tiempos para dormir, éstos. Para nadie. Siempre hay que tener un ojo abierto, por las dudas. Quizás ahora, si la paz dura lo suficiente, la cosa mejore.

(Pausa)

Delfina En serio, Brigadier. Ya casi no duermo.

Primero el aleteo y los chillidos. Oscurecen el cielo, caracolean. Y después se abalanzan. Un remolino, una locura. Son terribles, los caranchos. La chaquetilla roja, la sangre roja. Caranchos en el cuerpo. Una orgía de garras y de picos que se engarzan en la carne y se la llevan, Brigadier. Se enojan porque no hay ojos. Les encantan los ojos, se ve.

López Lo he visto muchas veces, en muchas partes. No me quita el sueño.

Delfina De verdad, lo veo. Y no lo entiendo, porque yo ya no estaba, yo alcancé a huir, ya estaba lejos cuando me enteré de que lo habían matado. ¿Por qué lo veo, Brigadier?

¿Por qué?

López Piense, dese cuenta.

A lo mejor, si acepta su culpa, deja de verlo.

Delfina ¿Mi culpa?

¿Acompañarlo todo el tiempo, mi culpa?

López Yo no llevo mujeres a la guerra.

Delfina A mí no me llevaron, Brigadier. Fui por mi voluntad.

López Hágase cargo, entonces.

(Pausa)

La guerra es así. Es cosa de hombres. Entre hombres hay códigos. Cuando se meten las mujeres se embarra la cancha. Usted vio cómo es el cristiano macho. El bicho más zonzo de la tierra. ¿Conoce el dicho, no? Tiran más que una yunta de bueyes.

Delfina No sea grosero. No es necesario.

López Pero es cierto. Si usted no se hubiera caído del caballo Ramírez habría disparado sin problemas. Pero no podía dejar a su china en manos de esos bárbaros. Hágase cargo de su culpa. Él se volvió, y se lo arriaron con un chumbo en el cogote. No se busca así la muerte. Hay que ser zonzo ¿No?

Delfina Hay que ser valiente.

López Valiente, zonzo. Es casi lo mismo. Enfrentar a la muerte sin chances es más de zonzo me parece.

Acéptelo, acepte su parte de culpa. Quizá deje de verlo. Y de paso, yo dejo de verla a usted, que tengo cosas más importantes que hacer.

(Pausa, toma unos papeles, parece que va a salir. Piensa)

Nunca me dijo si él le habla.

(Pausa)

Delfina No. Ni falta que hace. Lo veo, no más. Con eso me basta para saber que no puede descansar.

López Yo ya hice lo que me pidió.

Delfina Una parte, no más.

(Pausa)

Yo estuve muchas veces en batalla. Yo sé lo que es que se caliente la sangre. Pero cuando se enfría, Brigadier, no se puede mantener vivo el rencor. Hay que ser piadoso.

López A veces un acto que se muestra impiadoso tiene más piedad de lo que parece.

Delfina ¿Por qué ese ensañamiento? Ya está muerto ¿Por qué ensañarse así?

López Usted habrá guerreado mucho y la respeto, pero la guerra es mucho más que la batalla. En la guerra a veces se es piadoso siendo impiadoso. Ostentar la muerte, es prevenirla.

Delfina ¿Colgando la cabeza de mi Pancho en la iglesia matriz, y después en el cabildo? ¿Para risa y escarnio? Ninguno de esos que se burlaron de su cabeza colgando se habrían atrevido siquiera a mirarlo a los ojos. Habrían agachado la cabeza y metido la cola entre las patas antes que mirarlo de frente. Porque mi Pancho era un valiente, con más cojones él solo que toda esa chusma.

López Así es. Por eso su cabeza colgó dentro de la jaula. Para prevenir. Para aclarar que con Santa Fe no se jode, señora. ¿No leyó el cartel? “Para perpetua memoria y escarmiento de otros”. ¿Lo quiere más claro?

Delfina Lo hizo por odio. Reconózcalo.

López ¡No, señora! Si fuera por odio, no habría accedido a su pedido de sacarla de la vista de la gente.

Delfina Pero la mantiene acá. Para su propio regocijo.

López No, no me regocijo. Odio verla. Pero la tengo acá para recordarme a mí mismo que no puedo aflojar. Que yo mismo puedo mañana estar en el escritorio de otro.

Delfina Podría escribir un cartel que se lo advierta cada día. Y honrar a su enemigo de mejor manera.

López Ramírez no es mi enemigo.

Delfina ¿Ve? Ahora es Ramírez. Antes era Pancho.

López Pero Pancho se decidió a cruzar el río. Ahora Pancho es Ramírez.

Cada toro en su rodeo, señora, cada gallo en su gallinero. Así se respeta. Así se honra el coraje, los cojones para enfrentar a quien sea. A caballo, a pata, a nado, como sea, para evitar que le pisoteen a uno el rancho. Pero cada uno en su lugar.

El río es la empalizada, señora. El río no se cruza sin que se arme la podrida. Y Ramírez cruzó el río. No se cruza el río sin mancharlo de sangre ¡No se puede ser tan osado, tan valiente, carajo!

Delfina Pero él sí pudo.

López ¡Claro que pudo! ¡Por tozudo, claro que lo hizo! De noche lo cruzó el muy taimado, a nado, con los paisanos agarrados de las colas de sus pingos ¿Y qué esperaba? ¿Qué lo reciba una fanfarria? ¿Usted me pide que sea piadoso? ¿Por qué no le pidió a él que no sea tan...? (Da vueltas en redondo)

Delina ¿Y usted lo tiene de pisapapeles por tozudo? Qué triste.

López ¡No! ¡Lo tengo porque lo respeto, mierda!

Yo no tengo la cabeza de cualquier roto en mi escritorio. Tengo la cabeza de Pancho Ramírez. Y lo tengo conmigo porque lo aprecio. Si lo tengo conmigo es porque es valioso.

Porque lo extraño.

Se me van muriendo los que respeto y los que quieren lo mismo que yo.

Delfina ¿Se le van muriendo?

Tal vez no se le irían muriendo si no los fuera matando.

López No sea impiadosa. Es la guerra la que mata. Nos usa a nosotros para hacer lo suyo.
(Recuerda, y se enoja) ¡No se cruza el río sin embarrarse uno, carajo! ¡No se cruza el río en pie de guerra, carajo!

Delfina Claro, usted se ofende mucho cuando le ponen las patas en su patio... pero no se pone a pensar por qué sucedió eso.

López A lo hecho, pecho. Se mira para adelante, nunca para atrás.

Delfina Tómese un segundo, Brigadier.

¿Le gustó fumarse un cigarro con Pancho, eh? Acodaditos en la reja de la Pirámide de Mayo. Atar ahí los pingos, en la cara de los porteños...

Le gustó que ni los cuzcos salieran a ladrarles. Esa sensación de poder ¿No? ¿Se imaginó la cara de esos porteños culo empolvados, temblando detrás de sus puertas selladas? Rogando que ustedes dos no carguen contra sus casas. Ahí arrancó todo.

Los dos tipos, llenos de gloria, a punto de pasar a la historia, derrotando a los porteños y teniéndolos a su merced para sellar el mejor de los pactos. ¿Cómo terminó la cosa?

López Le gusta mirar para atrás.

¿Qué quiere? ¿Regodearse en el dolor? Por eso no duerme usted, porque mira mucho para atrás.

Delfina ¡No duermo porque se me aparece Pancho, que no puede descansar, carajo!

(López la fulmina con la mirada. Pausa. Se calma)

López Artigas no entendió. Por eso se la agarró con Ramírez. Y por eso Ramírez se la agarró conmigo. Porque no entendió.

No entendió que el papel es frío. Es lento. Se escribe lento. Se enfría todo.

¿Usted sintió el ardor del amor con Ramírez? El calor en las tripas. El pulso que se acelera. El aliento contenido. El galope tendido que se hace carrera. El ruido de metales y de cueros y los vasos de los pingos. El olor a sudor del miedo y la carrera. Y el chocarse de sables y de huesos. La sangre. Los gritos de dolor y de coraje. Y de miedo. El olor de la pólvora y de la tierra que vuela y que llena todo. Polvo y sangre. Polvo y espanto. Enceguerse y sablear, y esquivar. Y no mirarle los ojos al de enfrente, nunca. Si podría ser su propio hijo, su hermano. Un futuro general de la patria al que hay que cortarle el cuello.

Pase todo eso a un papel, con un elegante porteño que le dice que no lo apure. Pase todo eso a un papel fumando un cigarro y tomando el mejor cognac. Pase el tropel a un papel entre velas perfumadas, el siseo de encajes almidonados susurrando en las galerías, las miradas soñadoras de damas emperifolladas esperando verse cara a cara con los guerreros que dejaron el alma en el entrevero. Pase a un papel la sangre pegoteada en los pelos. No queda nada. Se enfría el alma. Se pierde el olor del cuerpo a cuerpo. No hay pingos, no hay olor a bosta, no hay traqueteo, chispazos, topetazos. No hay caballos dignos tirando mordiscos. Pase todo eso a un papel, a ver qué sale. Sale un acuerdo, un arreglo, no una pelea.

Delfina Un arreglo injusto.

López Siempre. Siempre es injusto.

Delfina Injusto para mi Pancho.

López Su Pancho y yo somos las caras que se ven y los nombres que quizá se recuerden. Los Dorrego, los Lavalle, los Artigas, los Bustos. ¿Cuántas madres pueden decir injusto, como dice usted? ¿Cuántas vieron partir orgullosas a sus hijos guerreros, a sus esposos, sin verlos volver? Cuántos muchachos perdidos en una escaramuza de nada, en un atropello, en una carga de cuatro o cinco tipos contra cuatro o cinco de

enfrente, una nada, una escaramuza que no pasa a la historia, un montecito de espinillos por todo testigo, apenas un tanteo de fuerzas, unas puteadas, un par de lanzazos, pero un mandoble, inesperado, ciego, el último que se tiraba antes de separarse, y el guerrero que fue ya es un inválido, un tullido, un inútil. A veces es mejor perder a su hombre, como le sucede a usted, porque el muerto en batalla es digno, es orgullo, y con el tiempo se ennoblece, como su Pancho.

Delfina No hay nobleza en una cabeza sin cuerpo, ni en un cuerpo sin cabeza. No se burle.

López Piénselo. Un hombre que vuelve de la guerra como una hoja, un cuerpo sin dominio, un alma sin cuerpo, se pudre. La gloria se olvida y el hombre es un estorbo, un grano insoportable. Y la mujer no duerme, como le pasa a usted, pero porque piensa que habría sido mejor que el hombre no hubiera vuelto. De todas estas injusticias, la suya, la de Ramírez, es la menor.

(Pausa)

También hay otras víctimas de otras injusticias. De las que usted no se hace cargo.

Delfina Ahora me sale con eso.

López Yo puedo hacerme cargo de mis errores. Probablemente ese pacto haya sido un error involuntario. Ahora usted, emparde la cosa y acepte su parte de culpa.

Delfina No.

No me culpo de haber hecho lo que hice. Veinte años anduve por la vida dando vueltas, sin darme cuenta de que no valía la pena nada. Y un solo año me dio la vida para vivirla. Un año, nada más ¿Se da cuenta? ¿Es justo eso?

¿A usted le sucedió? Digo, vivir. ¿O está como yo antes de conocerlo a Pancho?

Dando vueltas por ahí, sin sentido.

López ¿Le parece sin sentido? Hace veinticinco años que lo único que hago es vivir, si a eso se refiere, luchando. Hay que ser audaz para decirle a alguien que se enfrentó a los

ingleses, a la corona española, a los porteños ¿Usted se da cuenta? ¿Decirle que no vive? A quien enfrentó a los brasileños, a los ranqueles, a los mocovíes ¿Le parece?

Delfina No se haga el chanco rengo. Usted sabe de qué le hablo.

López Y usted también. Por eso me chumba. Porque cada vez que le señalo el asunto usted rechaza hacerse cargo de su audacia, de su impertinencia, de su irrespeto.

Delfina A la flauta ¿Algo más?

Que me eche en cara haber ido a la guerra y ponerlo en riesgo a mi Pancho, se lo acepto.

López ¡Aleluya!

Delfina Por lo demás, no me arrepiento de nada. Si usted hubiese conocido el amor...

(Pausa, López la mira serio en silencio)

¿Lo conoció?

López Por supuesto. Pero el amor no es lo único, ni lo supremo.

Delfina Entonces no lo conoció.

López Cállese ¿Quiere?

Delfina No. No quiero. Y fue usted el que me chumbó. Así que ahora, aguántese el chubasco.

López (Se ríe) ¿Está por llover?

Delfina Yo no me voy a hacer cargo ni a sufrir un momento por una mujer a la que sólo le importaba casarse.

López ¿Y usted por qué asume que ella no estaba enamorada?

Delfina Porque si ella hubiera estado enamorada habría peleado. Me habría buscado. Me habría arrancado los pelos, me habría insultado.

López Es una señora, no le cabría ese comportamiento.

Delfina Habría demostrado algo. Rabia, odio. Nada de eso. Sólo despecho. En silencio.

Encerrada en su habitación. No da ni para tenerle lástima. Nunca fue rival.

López Ella no es su rival. Es la prometida de Ramírez.

Delfina Y lo va a ser hasta que muera. La prometida de un muerto que la dejó por mí, sin dudar, cuando me conoció.

López Pero a usted no la desposó.

Delfina Ni yo lo querría. A ver ¿De qué me perdí por no ser la esposa del Jefe Supremo de la República de Entre Ríos? ¿De qué me perdí? Dígame.

López De muchas cosas. Usted fue la manceba de Ramírez, nada más.

Delfina Ah, claro. Mire qué diferencia. La esposa del Gobernador seguramente tendría que vivir un luto eterno. Dignísimo. Y al final del luto un entierro de lujo, maravilloso. Con obispos y cruces y uniformes de gala, y crespones negros oscureciendo la tarde. Y un pueblo entero acongojado acompañando a la ilustre muerta. Pero adentro del cajón, el vacío. Una muerta triste, un figurín de la nada. Una tristeza. Yo moriré sin confesión y me enterrarán en un cajón sin adornos pero sin vergüenza, y sin reclamos porque nada es de mi propiedad, y nada tengo para reclamar. Yo fui de Pancho, y Pancho fue mío. Un año, pero ya fue. Él no es de nadie ahora. Que no me vengan con lutos ni con lágrimas. No se llora por haber perdido, se llora por no haber tenido nunca.

¿De qué me perdí? Un año de galopar juntos, de guerrear, de dormir al sereno sobre el pasto perlado por el rocío, el sacudirse del cuero de las montas espantando tábanos y viuditas. Chaparrones y solazos y heladas y tierraes opacando las tardes. ¿De qué me perdí, dígame?

Yo soy la Delfina, no la esposa de un Gobernador. Yo monto a caballo, yo peleo. A mí nadie me doma. Y Pancho me quiso por eso. Porque nunca le atrajo lo fácil. Él amaba tener que ganar, tener que luchar.

¿Usted vio, cuando se encuentran dos perros del mismo tamaño, y uno mete la cola

entre las patas y echa el lomo a tierra? ¿Qué hace el otro? Ni lo mira, ni un tarascón le tira. No vale la pena. Es una ofensa no dar batalla. Y eso es lo que hizo Norberta Calventos.

López Por fin la nombra. Parece que le hacía asquito en la boca decir su nombre.

Delfina Porque es despreciable. Es el perro que agachó el lomo. Me hubiera mostrado los dientes, me hubiera meado las patas, algo, y yo le habría mostrado respeto. Pero no. ¿Sabe una cosa? Dicen por ahí que tiene guardado el vestido de novia con el que iba a casarse con mi Pancho. Y dicen que pidió que al morir la entierren amortajada en su vestido de novia. No veo la hora de ver eso. Y le digo más. Si algo pido es poder vivir para ver eso.

López Había sido rencorosa.

Delfina (Sonríe) Dicen tantas cosas de mí... Rencorosa es casi un elogio.

(Pausa)

López Hablando de eso.

Delfina.

Delfina Vamos avanzando. Me llamó por mi nombre. Nunca lo había hecho. Parece que le hacía asquito en la boca nombrarme.

López No la nombré. Dije Delfina.

Delfina Así me llaman ¿No?

López Sí, sí. "La" Delfina, le dicen. Como si no fuera su nombre.

Delfina ¿Y qué importancia tiene mi nombre? Yo no voy a pasar a la historia como seguramente usted pasará, así que ¿Qué importa cómo me llamo?

López Delfina es un título nobiliario, señora. De una heredera del trono de Francia.

Delfina (Con sorna) Mire qué interesante. Por eso me gusta hablar con usted, es tan ilustrado. Aprendo mucho.

López ¿Será, como dicen, que usted es hija bastarda del Rey de Portugal?

Delfina (Se ríe) Pobre Delfina. No se la puede nombrar sin ponerle antes el título de bastarda.
Le marcan la cuna. No tiene chances.

López También dicen que la criaron en una estancia en Rio Grande do Sul.

Delfina Ya le dije, dicen tantas cosas de mí.

López Hay una sola cosa en la que todos coinciden.

Delfina ¿A ver?

López Dicen que usted es bellísima.
(Pausa, intriga)

Delfina Mire usted ¿Y usted qué opina?

López (Sonriendo) Me inclino a creer lo de la estancia en Rio Grande.

Delfina (Se ríe) Con razón dicen que usted es un gran estratega. Ataca y huye.
(Pausa)
¿Hay algo más que le preocupe de lo que digan de mí?

López (Serio) Dicen que ha recibido cartas.

Delfina ¿Y dicen si las he leído?

López No me importa si las ha leído, sólo si las ha recibido.

Delfina ¿Le interesa mi vida amorosa? ¿Tiene miedo que le sea infiel a su amigo Ramírez
después de muerto?

López Más me preocupan otras posibles infidelidades relacionadas con esas cartas.

Delfina (Imperativa) Hablando claro se entiende claro, Brigadier.

López Dicen que las cartas eran de Mansilla.

Delfina A la flauta. Pueblo chico, infierno grande. Qué situación extraña, Brigadier. Usted le
gana la pulseada a Ramírez por una traición ¿Correcto?
(López no responde)

Porque Mansilla debió traer la artillería hasta Santa Fe y nunca llegó. Lo traicionó.

Ramírez queda en desventaja, se enfrenta a Lamadrid sin su artillería, y finalmente es derrotado. Llamativo lo de Mansilla ¿No? ¿Usted sabe algo al respecto?

(Pausa)

López Los hombres tomamos decisiones. Él me explicó las suyas. Lo de traición corre por su cuenta.

Delfina Ah, mire cómo es el asunto. Recién lo veo claro. Mansilla abandona a Ramírez, Ramírez pierde la cabeza por eso...

López Y luego Mansilla le escribe cartas a La Delfina.

Delfina A usted no le interesa mi vida privada. A usted le interesa saber si fui yo quien lo traicionó.

O le preocupa no saber si puede confiar en Mansilla.

¿Qué dilema! ¿No?

(Pausa)

López ¿Por qué tanta cosa rara alrededor de usted? ¿Qué es lo que tiene usted de especial?

Delfina(Burlona) ¿Será mi extraordinaria belleza?

López Sí, sin dudas.

Delfina Muchas gracias.

López Pero la belleza no alcanza. Usted tiene algo más, algo especial, que genera a su alrededor mucho revuelo. Hablan mucho de usted. Demasiado. Han hecho de usted una leyenda, casi.

Delfina Un poco de culpa tuvo mi Pancho.

Casi muero de la emoción cuando vi el escudo de la República. Pero entiendo que suene casi a burla. (Divertida) La pluma del sombrero de la Delfina en el escudo fue demasiado. (Seria) Para los que no entienden quién fui yo para él.

López Es verdad. Parte de la culpa de transformarla en leyenda fue de él. Pero a usted no le conviene ser una leyenda.

Delfina Ya lo sé. Las leyendas son peligrosas.

López Muy peligrosas. Mire usted a su Pancho. Mire si en vez de decapitarlo y traerme la cabeza la hubieran dejado por ahí. Se habría transformado en una leyenda. Muy peligrosa. La gente se agarra de las leyendas para explicarse la vida. Una leyenda vive en todas partes y todo el tiempo. Se hunde una barcaza en el río, fue el Pancho y sus hombres. Asaltan una casa, fue el Pancho y sus hombres. Saquean una estancia, fue el Pancho y sus hombres. Las leyendas son peligrosas. La gente cree en ellas. Una cabeza colgada de un gancho elimina una leyenda. Ramírez sería muy peligroso si no estuviera aquí en mi escritorio.

Delfina Y usted teme que si yo me transformo en una leyenda sea más peligrosa que andando suelta por ahí.

¿No estará pensando en hacerme lo mismo que a Pancho?

López Si la enfrento en un entrevero, sí. Si se cruza conmigo en la isla, en un monte, en un pastizal, si viene en pie de guerra, señora, seré honorable con usted y le cortaré la cabeza. Pero no piense que lo haré en otras circunstancias. No me subestime. No me ofenda.

Delfina Disculpe. Soy un poco retobada, ya me conoce. No quise ofenderlo.

(Pausa)

López ¿Sabe lo que andan diciendo?

Lo que dicen que pasa en el Arroyo de la china.

Delfina Dicen, sí. Dicen que la gente no puede descansar por eso. Es raro. Se los escucha, dicen, pero no se los ve. Vienen bordeando el río, levantando polvo. El polvo solo dicen que se ve. Un remolino de tierra que avanza, y los gritos, y hasta el galope de

los caballos dicen que se escucha. Y el tintinear de metales y de cueros sordos, y los gritos. ¡Viva la República de Entre Ríos, mierda! ¡Viva Pancho Ramírez! (Se quiebra) ¡Viva la Delfina!

(Pausa)

Dicen que la buscan a la Delfina pero que no la encuentran, que la Delfina no aparece.

(Pausa)

López ¿Y usted qué dice? ¿Usted los ha escuchado?

Delfina Nunca.

López Dicen que es Ramírez que manda a buscarla.

Delfina Será.

López ¿No le da miedo?

Si es verdad que vienen a buscarla. Usted sabe de dónde vienen ¿No será que usted se les anda escabullendo, escondiendo el bulto? ¿Qué no quiere que se la lleven con su Pancho?

Delfina Qué más querría, Brigadier, que irme con mi Pancho.

López No le creo.

Usted lo quiso mucho, pero su historia con él tuvo su final. Usted no quiere irse con él. Usted quiere vivir. A mí no me engaña.

(Pausa)

Delfina Usted no es el único que quiere paz, Brigadier.

Cuando me pongo a pensar cómo ha sido mi vida... veinte años jóvenes, irresponsables, felices, de una felicidad incompleta, que sólo se completó cuando conocí a mi Pancho. Después, un año loco, de emociones, de peleas, de éxtasis, de angustias.

¿Un año, fue? ¿Sólo un año? No puedo creerlo. Fue una vida entera, hasta aquella corrida y el caballo que se piala con un fogonazo, y la caída. Y una vida nueva que empieza. Una vida de diez años. Interminable. Siempre igual, con el sueño cansado. Sin mi Pancho y con su cabeza aquí.

Yo no quiero irme con él, simplemente quiero que descanse, pobrecito. ¿Es mucho pedir?

López A veces pienso si de verdad tenemos derecho a descansar. En esta vida.

Suficientemente largo será el descanso cuando nos vayamos al otro mundo.

Delfina Quizá no tengamos derecho a descansar ahora. Pero no tenemos derecho a privar a los demás de su descanso. ¿No le parece?

Téngalo preso a Paz, si quiere. Mátelo, si quiere, pero después, no se ensañe con él.

No se guarde la cabeza.

López ¿Sabe usted que Rosas me dice eso? Que lo ejecute.

Delfina A lo mejor le hace un bien.

López Que me ataque, entonces. Que me dé un motivo para matarlo de frente, en igualdad de condiciones.

Delfina También puede ser que le salga el tiro por la culata.

López Todo puede ser.

(Pausa. Se resuelve)

Está bien. Ya es tiempo.

Ya es tiempo de terminar con esto.

(Habla de la cabeza) La voy a enterrar en la Iglesia de la Merced. Sin ceremonia pública, sin traer a ningún obispo. Correspondería por su investidura. Pero prefiero un curita traído de Córdoba que no sepa a quién está enterrando para que no estorbe después contando nada. No quiero otra vez escándalos, no quiero saqueos ni

venganzas ni actos de heroísmo. Por una cabeza. Tampoco quiero que empiece una leyenda.

¿Le parece bien?

Delfina Me parece bien.

López Le daremos los sacramentos, por supuesto. Espero que después de eso usted deje de aparecerse por acá.

(Delfina sonríe)

Bueno, si quiere aparecerse aparézcase, pero no me venga con reclamos ni con quejas.

Delfina Le juro que es involuntario. Y debe ser la angustia no más, la que me trae. Pero después de que la entierre, no creo que vuelva por acá.

López ¿Usted se ha dado cuenta?

La única que no escucha las tropas en el Arroyo de la china es usted.

Delfina ¿Usted cree que es cierto? Dicen tantas cosas.

López Ramírez se le aparece a usted, no la deja descansar. Usted se viene para acá y en ese momento aparecen sus tropas desde el río. Yo mismo mandé gente a verificar que sea cierto. Me dijeron que salen del río, que se ven las olas salpicando la barranquita y se moja la arena de la playa y ahí arranca el tropel y los relinchos y todo eso. Pero usted está acá, conmigo. Por eso la única que no los oye es usted. Por eso no la encuentran. Ahora mismo deben estar gritando como locos viva Pancho Ramírez, viva la Delfina. Es un círculo. Habrá que dejarlo descansar, como está pidiendo a gritos, y él nos va dejar descansar a todos nosotros.

Delfina Ojalá sea así.

(Pausa)

Le pido un último favor.

López Si es posible, con gusto.

Delfina Déjeme verlo por última vez.

López No.

Delfina Sea piadoso.

López Otra vez. Estoy siendo piadoso aunque parezca lo contrario.

Se lo digo yo, que lo veo a la cara todos los días. Preferiría verlo como la última vez que nos vimos. Con los ojos firmes, clavados con precisión en su objetivo. Con la piel tibia, la saliva húmeda y los tendones tensos. Nervios. Garra. Alma.

No le queda nada de eso, créame. Ya me resulta casi imposible recordarlo como era.

Delfina Pero es mi hombre, no me lo puede negar.

López Era. Fue su hombre. No es más de usted. Usted misma me lo dijo hace un rato. Esto que está acá no es su hombre, créame.

(Pausa)

¿Puedo pedirle un favor?

Delfina Si es posible.

López Sí. Es posible. Y quiero saberlo. La última mirada de Pancho ¿La recuerda?

Delfina Qué pregunta pava. Olvidarme de su última mirada. Imposible.

López Regálemela. Yo querría volver a verlo como era.

Delfina Con el tiempo, seguramente volverá. No sea ansioso.

(Pausa)

Nos alcanzó la partida de los cordobeses. Nos sorprendió, son buenos en las sierras, saben esconderse. No nos dieron tiempo de nada. Pero fue verlos, y mirarnos con Pancho. Por primera vez en mi vida tuve miedo. Pero él sonrió. Sonrió, seguro de su suerte. Las veces que se rio de la muerte en sus narices. Ensañada estaba ya la huesuda con él, y apretaba espuelas. Él, confiado, seguro. Nadie le avisó que había

gastado la última cuota de su suerte.

López Ese es el secreto de la parca. Lo deja hacer a uno y se guarda siempre la última carta.
Es taimada la muy guacha.

Delfina Largamos riendas, y otra vez la carrera loca. Es viva la huesuda, es pícara. Le entró a mi pingo la muy dañina, me lo mancó. Rodamos, y al levantar la vista ya estaban los cordobeses encima, muertos de risa. Ni que hubieran cazado un león. Se reían como si hubieran ganado algo. Una mujer habían cazado, y se reían.

López No era cualquier mujer. Era la Delfina. Cazar a la Delfina era agarrar del hocico al hombre más valioso. Ellos sabían que no la iba a abandonar.

Delfina Tozudo, cabrero, indomable. Le juro, Brigadier, que lo miré casi sonriendo, como diciéndole “vaya tranquilo, Pancho, que su mujer va a estar bien. Después nos vemos, vaya”. Se ve que el miedo me delató, porque no me salió la sonrisa. Yo le quise hacer entender que yo era una mujer, no más, una cautiva más entre tantas, una nada sin valor, que me iban a perdonar la vida, seguramente. Pero él vio otra cosa. Ahí supe que ésa era la última mirada que me iba a llevar de él. Me estaba diciendo “Ni en pedo la voy a dejara a usted, ni aunque venga el mismo diablo con la cola en llamas voy a recular”.

López Hermoso.

Delfina No alcancé a ver quién lo chuceó primero. Él solito contra cinco lanzas. Me levantó Anacleto Medina y me cargó a la grupa y salimos como alma que lleva el diablo. Un silencio extraño, al rato, sólo el resoplar del caballo y las piedras del suelo rechinando al ritmo del galope. Ni los pajaritos cantaban.

Ya estarían de fiesta los caranchos. Ya tenían a su presa de chaquetilla roja tendida en el pasto para mancharla de rojo con la sangre.

Ya es tierra, mi Pancho. Ya es aire, ya es caranchos.

(Silencio)

López Gracias. Me hacía falta verlo otra vez.

Delfina Pobre, mi Pancho.

(Silencio)

López ¿Usted preferirá venir, cuando hagamos lo que le dije con la cabeza?

Delfina Ya le dije que no es voluntario, aparezco sin que dependa de mí.

López Decía si usted querrá venir... de cuerpo presente. De verdad. Viajar... en serio.

Delfina No. Déjeme allá, en el Arroyo de la china, no más.

Yo ya me despedí de él. Ahora le toca a usted. Tendrán cosas que decirse.

Además, no quiero ir a ningún lado. Mire si a la Norberta se le da por morirse y me pierdo de ver pasar su féretro por la puerta de mi casa. Es un gustito que quiero darme. (Sonríe) Una tiene derecho a ser un poquito mala alguna vez ¿No le parece?

López (Sonriendo) A los gustos hay que dárselos en vida, señora.

(Pausa)

Delfina No le puedo mentir. Usted es un buen hombre.

López No sé de qué habla.

Delfina Yo sé por qué usted conserva la cabeza. Y sé que lo que le pido y usted me va a conceder le va a causar un dolor muy grande. Para usted va a ser una pérdida infinita no tenerlo más. Usted lo conserva porque es su amigo, su compañero de la vida. Su igual.

(López la mira, intrigado)

Él ve.

(Pausa)

López ¿Qué?

Delfina Pancho, ve. No sé cómo hace.

López No diga zonceras, mujer ¿Cómo cuernos va a ver? Tiene los ojos cerrados.

Delfina No le puedo esconder esto, usted no se lo merece. No es todo el tiempo, pero él ve. Y yo veo por él. Por eso me siento mal si no le cuento. Siento como que los traiciono si no se lo digo.

Yo lo he visto a usted a través de él, muchas veces.

(López la semblantea)

Lo he visto llorar...

López No diga sandeces ¿Quiere?

Delfina Y lo he visto charlar con él, como si él estuviera vivo.

López Ya se fue al carajo.

Delfina ¿Usted cree que él me contó lo del cigarro en la Plaza de Mayo?

No. Usted lo recordó, riéndose y casi palmeando la cabeza, como dos amigos que recuerdan travesuras de chicos. Como si en vez de vencer al enemigo y enseñorearse en sus pagos hubieran robado unas mandarinas saltando un tapial. Parecía un chico, Brigadier, recordando tropelías.

López Usted me está sacando de mentira, verdad.

Delfina Está bien. Puede no creerme. Puede pensar que él me contó todo en vida.

(Con intriga) Pero habrá seguramente una cosa que usted no le contó a nadie, una cosa muy íntima, que sólo pudo escuchar la cabeza en alguna de sus charlas...

fumando usted un cigarro y tomando un licor...

López No sé de qué habla.

Delfina Haga memoria.

Algo que sucedió en los campos de pastoreo de sus caballos de pelea allá por San Pedro... de noche... una noche de mucho calor ¿Recuerda?... una mosquitada bárbara...

(Delfina se ríe, pícara. López la mira sorprendido, se siente descubierto)

Quédese tranquilo, Brigadier, esto queda entre nosotros.

Palabra de la Delfina.

(Le ofrece la mano con gesto varonil. Él la toma, sonriendo)

Adiós, Brigadier.

(Se va)

López (Queda solo. Mira a la cabeza de Ramírez sobre el escritorio)

Adiós, señora.

(FIN DE LA OBRA)